

«MARÍA [...] OÍA SU PALABRA»

JAMES L. MAY

Lázaro, un buen amigo de Jesús, y sus dos hermanas, Marta y María, vivían en Betania, en las afueras de Jerusalén. Cuando Jesús pasaba por ese lugar, la casa de ellos era Su casa. En una de Sus visitas, Marta recibió a Jesús y a Sus discípulos en su casa (Lucas 10.38–42). Es probable que ella deseaba oír lo que Jesús tenía que decir, pero «se preocupaba con muchos quehaceres» (vers.º 40a).

La costumbre era que las mujeres de la casa prepararan una comida para los invitados, mientras los hombres charlaban en una sala aparte. Normalmente, las mujeres no iban a la sala donde los hombres estaban hablando, excepto para servirles, o para pasar por allí al ir a realizar alguna labor. Marta estaba haciendo lo que la tradición imponía. Estaba tratando de ser una buena anfitriona, y creía que María debía estar haciendo lo mismo. A Marta debió de haberle sorprendido el ver a María sentada a los pies de Jesús, oyendo a Éste. Es probable que Marta estuviera sorprendida no sólo de ver a su hermana en la sala con los hombres, sino también de ver que descuidaba el deber de ayudar en la preparación de la comida para ellos.

Disgustada por el comportamiento de María, Marta le dijo a Jesús: «Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude» (vers.º 40b). La respuesta de Jesús indica que Él estaba más interesado en servir la comida espiritual de Sus palabras, que en recibir la comida que Marta estaba preparando. Esto fue lo que contestó: «Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada» (vers.ºs 41b, 42).

La «buena parte» que María había escogido debe de haber sido la de participar de la comida de la Palabra de Dios. El interés de Marta no era malo. Estaba haciendo lo que generalmente se esperaba que hiciera. Sin embargo, el interés de María era superior. A Jesús no le parecía correcto hacer que ésta dejara de «[oír] su palabra» (vers.º 39b). Esta no fue la única vez que Jesús puso la comida

espiritual por encima de la comida material. Después de Su conversación con la mujer que estaba junto al pozo, Sus discípulos le trajeron algo de comer, y Él dijo: «Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis» (Juan 4.32). Más adelante, Él se comparó a Sí mismo y Su mensaje con «el pan de dios [...] que descendió del cielo y da vida al mundo» (Juan 6.33). Él era el pan que descendió del cielo (Juan 6.42).

DIOS HABLA HOY

La mayoría de las expresiones de adoración que hemos estudiado hasta ahora son medios por los que el adorador habla a Dios. No se puede negar que con la oración, la alabanza y la comunión se empiezan a recibir «estímulos» de tipo emocional y subjetivo; pero no es sino hasta que las Escrituras se abren mediante la lectura, las enseñanzas o las prédicas, que Dios nos habla de un modo que se puede considerar tangible.

Hay algunos lugares hoy día en los que se ejerce presión para que se reduzca el tiempo del culto que se dedica al sermón o a la enseñanza. Puede que haya algún mérito en la idea de que el tiempo apartado para el sermón debe equilibrarse con el que se dedica al canto, a las oraciones y a la Cena del Señor. Al mismo tiempo, debemos tener cuidado de no minimizar la importancia de dejar que Dios le hable al adorador. La adoración no está completa mientras no se haya establecido comunicación en ambos sentidos.

Desde la época de Moisés, la predicación ha sido el método predilecto de Dios para revelar Su voluntad a los hombres. En Deuteronomio se recoge la aplicación en forma de sermón que hizo Moisés de la Ley antes de morir. No sólo repitió la Ley, sino que también la explicó y la aplicó a situaciones concretas y propias de aquella época. Una y otra vez, Dios envió profetas a Su pueblo para hacer llamados a volverse a Él, y usó para este propósito las prédicas de ellos. En los momentos de la historia que las personas descuidaron la lectura de la Ley, y callaron la voz de los profetas, fue cuando se

hundieron en las más negras noches de apostasía. Una de éstas duró setenta años en el caso de Judá.

Después de setenta años de cautividad en Babilonia, Dios levantó a Zorobabel, a Esdras y a Nehemías, con el fin de llevar a Su pueblo otra vez a Jerusalén, a reconstruir el templo, y a restaurar la vida nacional y espiritual de ellos. Cuando la reconstrucción se detuvo, Dios envió a los profetas Hageo y Zacarías para llamarlos a volver a su trabajo (Esdras 4.24—5.2). La restauración no podía haberse hecho sin un retorno a la Palabra de Dios.

En aquella época, no todas las casas tenían un ejemplar de la Palabra escrita. Los ejemplares se hacían a mano mediante un proceso muy laborioso. Sólo existían unos pocos, y estaban en manos de los escribas y de los dirigentes religiosos. Mientras estuvieron en Babilonia, el pueblo de Dios estuvo mucho tiempo sin oír la Palabra. Cuando se terminaron de construir los muros de Jerusalén, el pueblo que había vuelto fue llamado a reunirse para la lectura de la Ley. Trece hombres se pusieron de pie con Esdras a traducir y a explicar la Ley conforme se iba leyendo, para que

la gente pudiera entender. Esdras leyó toda la mañana, hasta mediodía, y el pueblo estuvo atento. Cuando oyeron la Palabra siendo leída, lloraron. Evidentemente, la Palabra de Dios compungió sus corazones y los convenció de que necesitaban someterse a la voluntad de Dios (Nehemías 8.1–9).

La importancia de predicar se observa en el hecho de que el Hijo de Dios fue predicador. Sus apóstoles fueron predicadores. Los primeros convertidos al cristianismo fueron hechos por medio de la predicación de la palabra de Dios (Hechos 2). La última comisión dada por Jesús fue de ir y hacer discípulos, enseñándoles a obedecer todo lo que Él mandó (Mateo 28.18–20). Pablo, el apóstol, afirmó que él fue enviado «a predicar el evangelio» (1^{era} Corintios 1.17a), pues «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación» (1^{era} Corintios 1.21). Las iglesias eran (y todavía son) establecidas por medio de la enseñanza y de la predicación.

Los cinco cargos en los que Dios constituyó a diferentes hombres de la iglesia, con el fin de *perfeccionar* a los santos (apóstoles, profetas,

LA IMPORTANCIA DE LA PREDICACIÓN EN LA ADORACIÓN DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Dudo que los apóstoles y los dirigentes de la iglesia primitiva trataran de reducir el culto a un breve período de tiempo. El objetivo de ellos era rendir culto a Dios apropiadamente, y tomarse el tiempo necesario para oírlo. Todos los indicios apuntan a que las prédicas o las enseñanzas ocupaban una considerable cantidad del tiempo dedicado al culto. Varios de los dones espirituales que la iglesia primitiva usó en el culto eran dones de impartir la Palabra. Los miembros que tenían el don de profecía eran predicadores o maestros que recibían sus mensajes de Dios, por medio de la inspiración milagrosa. Los dones de «palabra de sabiduría» y de «palabra de ciencia» eran dones de impartir la Palabra por medio de la enseñanza (1^{era} Corintios 12.8–10). Pablo mandó a los que habían recibido los dones de enseñanza que los usaran en el culto de adoración (1^{era} Corintios 14.5–6). Instó a los cristianos a desear el don de la profecía, de modo que pudieran enseñar a edificar en el culto de adoración (1^{era} Corintios 14.3).

En el culto de adoración que se llevaba a cabo en Corinto estaban incluidos los que hablaban palabra de profecía, de enseñanza, de revelación y de interpretación. No se les minimizó ni se les desanimó en el uso de estos dones. Sólo se les animó a hablar con el fin de edificar, y a hacerlo de una manera ordenada (1^{era} Corintios 14.39–40).

Cuando Pablo visitó la iglesia que estaba en Troas, él predicó hasta la medianoche (Hechos 20.7), y después siguió hablando con los hermanos por largo tiempo, hasta que amaneció. ¡Este es un caso aislado y no debe usarse como texto para justificar la predicación de sermones largos! No obstante, es un indicio de la solicitud con que los cristianos de Troas oían la Palabra de Dios. Esta misma solicitud había sido demostrada anteriormente por los que estaban en Berea, que «recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hechos 17.11).

Las prédicas y las enseñanzas eran componentes esenciales del sistema que mantenía con vida a la iglesia primitiva, tanto en la vida diaria como en el culto, pues dice la Escritura que «perseveraban en la doctrina de los apóstoles [...]» (Hechos 2.42), y que «todos los días, en el templo y por las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo» (Hechos 5.42). A menudo, ellos dieron su enseñanza en medio de amenazas y de persecución. Cuando se les dio orden de no hablar ni enseñar en el nombre de Jesús, Pedro y Juan dijeron: «[...] no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hechos 4.19–20). Incluso, habiendo sido encarcelados y liberados por segunda vez, y habiendo recibido instrucciones de un ángel, «entraron de mañana en el templo, y enseñaban» (Hechos 5.21).

evangelistas, pastores y maestros; Efesios 4.11), son cargos cuya función es predicar y enseñar. Pablo le hizo el siguiente encargo a Timoteo: «Te encarezco [...] que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2ª Timoteo 4.1–2). Minimizar la prédica o la enseñanza equivale a minimizar los medios por los cuales se puede oír la voz de Dios.

LA PALABRA ES LUMBRERA A NUESTRO CAMINO

Puede ser que creamos que había mayor necesidad de hablar la Palabra en los días cuando no se había terminado de escribir el Nuevo Testamento. La iglesia estaba en sus comienzos, y tenía mucho que aprender. Dios estaba revelando Su Palabra por medio de los apóstoles y de los profetas inspirados. Las personas estaban deseosas de prestar atención, pero tenían pocas oportunidades de oír lo que Dios tenía que decir.

¿Acaso es menor la necesidad de la Palabra hoy día? ¿No estaremos dirigiéndonos a otra oscura y larga noche de apostasía al minimizar la Palabra hablada? ¿Hará que mejore nuestra adoración y que estemos más cerca de Dios la decisión de ponerle límite a la Palabra hablada? David declaró: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmos 119.105). Caminar por la vida es como caminar de noche por un campo sembrado de minas activas. Aunque haya rótulos señalando el sendero seguro, siempre será necesaria una buena luz para tomarlo con la debida seguridad. ¿Habrà quién se atreva a cruzar por el campo minado teniendo que adivinar el sendero seguro, por andar con una luz débil, o andar del todo sin luz? ¡Yo preferiría una luz brillante que me permita ver los rótulos claramente, y detectar cualquier desvío peligroso que el enemigo trate de ponerme! La única luz que nos puede guiar por este sendero es la Palabra de Dios. El que cree que va a andar seguro por la vida sin esta luz, estará peligrosamente mal preparado.

En ciertas partes de África, una de las serpientes más temidas es la víbora puff. A esta serpiente rara vez se le ve de día, pero sí le gusta salir por la noche. Es una criatura lenta que infla su enorme cuerpo, y tiene que hacer un gran esfuerzo para arrastrarse; de modo que prefiere andar por senderos ya hechos, que son los senderos por donde anda la gente. La víbora puff rara vez muerde o ataca sin que se le moleste, y esto es lo que sucede a veces, cuando alguien camina de noche por algún sendero, sin poder ver a la serpiente, y la pisa

accidentalmente. Es poco probable que la víctima muera como resultado de la mordedura de la víbora puff, pero puede que pierda un pie, o una pierna. La mordedura causa una herida que sana con gran dificultad; a veces, la única manera de deshacerse del veneno es cortando la parte afectada del cuerpo. El que ande por los caminos de noche está en peligro de ser mordido, a menos que lleve una antorcha (o linterna), o a menos que la luna brille lo suficiente para alumbrar el camino. Hablando espiritualmente, la adoración debe volver a encender nuestras antorchas, recargar nuestras baterías y despabilar nuestras linternas. No hay nada que pueda lograr lo anterior como el ocuparse de escudriñar la Palabra durante la adoración.

LA PALABRA REFLEJA NUESTRA VERDADERA NATURALEZA

Ya hemos visto que cuando la Judá restaurada oyó la lectura y explicación de la Palabra de Dios (Nehemías 8), ellos lloraron. Santiago 1.21–25 explica por qué algunos lloran, y otros no, cuando son expuestos a la Palabra. La Palabra no solamente es una ventana por la cual vemos a Dios, y una luz que nos guía en el viaje por el sendero de la vida, sino que también es un espejo que refleja nuestra verdadera naturaleza. Cuando «[recibimos] con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar», nos volvemos «hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores». Por otro lado, el que «es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural», y luego se va y olvida lo que vio (Santiago 1.21–24). Aunque la Palabra refleje su naturaleza, no presta atención. No tiene convicción, no se resuelve a corregir las deficiencias, no llora lágrimas de remordimiento por su condición. Cuando el pueblo de Dios oyó la lectura de la Ley, se vieron a sí mismos como realmente eran, y no les gustó lo que vieron. Se entristecieron por el hecho de que no habían estado guardando los mandamientos de Dios.

La misma luz que ilumina nuestro camino, también expone nuestros defectos. Nos alumbr a nosotros del mismo modo que alumbr a el camino que tenemos por delante. Entre más nos acercamos a la luz, más se exponen nuestros defectos. Si queremos, podemos evitar la luz para que no se vean nuestras imperfecciones, o bien, podemos acercarnos a la luz para identificarlas y entregarlas al Señor para que las corrija. La adoración que se rinde por medio de las prédicas o de las enseñanzas de la Palabra nos expone a la luz.

LA PALABRA MADURA NUESTRA FE

En Romanos 10.17 se lee: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». La única fuente de la que mana la verdadera fe en Dios es el conocimiento de la Palabra de Él. En la oración que elevó a Dios por Sus discípulos, Jesús dijo: «Tu palabra es verdad» (Juan 17.17b). Los cristianos hebreos fueron tachados de inmaduros por ser «[inexpertos] en la palabra de justicia» (Hebreos 5.13b). El autor de la epístola les había dicho anteriormente: «Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos» (Hebreos 2.1).

Sin la constante exposición a la Palabra de Dios, no podremos crecer en el Señor. La Palabra es alimento para el alma. Sólo el conocimiento del Hijo de Dios puede elevarnos al nivel deseado de madurez que es «la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4.13). Pablo dijo:

[...] para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo (Efesios 4.14–15).

La adoración que se rinde al recibir la Palabra es una gran manera de madurar en el Señor.

CONCLUSIÓN

A veces se oye entre los cristianos un clamor por «menos predicación y más adoración». Implícita en este clamor está la idea de que ni la predicación ni la enseñanza forman parte de la adoración. La predicación bíblica debe ser imaginada dentro del contexto de la adoración. El culto de adoración debe crear una atmósfera que estimule a la audiencia a reaccionar con el mayor entusiasmo a la lectura y proclamación de la Palabra. La predicación y la enseñanza de Su Palabra deben hallar la más amplia recepción en el corazón de los contritos adoradores de Dios.

Después de que Jesús contó la parábola del sembrador, Él explicó, en respuesta a una pregunta de Sus discípulos, que «la semilla es la palabra de Dios» (Lucas 8.11b). A esta parábola debería llamársele «la parábola de los corazones». En realidad Jesús no estaba enseñando acerca de la siembra de la semilla, sino acerca de la clase de corazón que se necesita tener para recibir la semilla. La semilla se siembra por todo lado, y cae en diferentes clases de tierra, que representan diferentes clases de corazón. La tierra buena, que representa al corazón *bueno*, es la que recibe la semilla y le permite germinar y dar fruto. Así debe ser el corazón de un verdadero y sincero adorador de Dios.

LA COMUNIÓN CON DIOS POR MEDIO DE SU PALABRA

El concepto de *comunión* se asocia más a menudo con la participación en la Cena del Señor. Hemos indicado que la oración también es comunión con Dios. No obstante, no hay otra expresión de adoración que pueda cerrar el ciclo de la comunión tan objetivamente como lo hace la lectura o la predicación de la Palabra. Es la forma más palpable que ha escogido Dios para tener comunión con nosotros. Tanto en la oración como en el cántico, nosotros le hablamos a Dios. Por medio de la Palabra, Dios nos habla a nosotros. Jimmy Jividen dijo: «La adoración que se rinde por medio de la oración le expresa a Dios los anhelos de nuestro corazón. La adoración que se rinde por medio de oír Su Palabra es el acto por el cual abrimos nuestro corazón a los deseos del corazón de Dios».¹

La función de predicar equivale a proclamar o anunciar las buenas nuevas de Dios. Andy T. Ritchie reconoció que con los años tuvo que hacer ajustes al concepto que él tenía de la validez de la predicación en la adoración. Este cambio fue el resultado de estudiar el concepto de predicación como *kerygma*, la palabra griega que se traduce por «anunciar», o por «proclamar». (Vea Mateo 12.41; 1^{era} Corintios 1.21; 2^a Timoteo 4.17.) Escribió: «Cuando la predicación anuncia este mensaje a los hombres de un modo tranquilizante, convincente e inspirador, ella se conjunta con el canto, la Cena del Señor y los demás “actos” de adoración, en el espíritu de *kerygma*».²

La función de predicar, al igual que la de profetizar, consiste en hablar en nombre de otro. «En un sentido amplio, todo predicador legítimo es profeta».³ La predicación es el medio escogido por Dios para hablar a Su pueblo cuando éste está reunido para adorar. Los predicadores, por tanto, deben estar concientes de que su función se reduce a hablar la Palabra de Dios, dirigiendo la atención de los adoradores a Dios. Es contraproducente para el proceso de la adoración la prédica que se haga con cualquier otro propósito. Cuando el predicador es en verdad siervo de Dios y su mensaje es el mensaje de Dios, Dios usa la voz del predicador para proclamar Su Palabra. Cuando la asamblea escucha el mensaje de Dios siendo anunciado, y responde a ese mensaje alimentándose de él, ella está honrando a Dios. ¡Eso es adoración! Por medio de oír y de recibir la Palabra, el adorador tiene comunión con Dios.

¹ Jimmy Jividen, *More Than a Feeling: Worship That Pleases God* (Más que un sentimiento: La adoración que agrada a Dios) (Nashville: Gospel Advocate Co., 1999), 121.

² Andy T. Ritchie Jr., *Thou Shalt Worship the Lord Thy God* (Al Señor tu Dios adorarás) (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1969), 77.

³ *Ibid.*, 79.